

## DISPOSICIONES PARA ENTRAR EN LOS EJERCICIOS ESPIRITUALES

Ex 3,1-6: Señor, que sepa “descalzarme”

Is 55,1-11: Señor, despierta en mí el deseo de buscarte

Sal 95: “Escuchad hoy su voz”

1 Cor 2,10-26: “Nadie conoce lo íntimo de Dios, sino el Espíritu”

“¡Qué hermoso y agradable es el silencio! ¡Cómo ayuda al alma a buscar a Dios! ¡Y cómo, una vez que a Dios se ha encontrado, nos ayuda a conservarlo y a no profanar su presencia!” (SAN RAFAEL ARNAIZ, *Mi vivir es Cristo*, 1130).

“La vida de silencio se puede muy bien comparar al mar; al mar en bonanza, en calma. El alma en silencio se parece al mar; al mar cuando no le azota la más ligera brisa. Por el alma silenciosa navegan los pensamientos de Dios, y cuanto más silencio, más paz, más serenidad y más facilidad para estar en la presencia del Señor. El trapense está enamorado de su silencio, como lo está el marino del mar. Pero en la vida no todo es paz. El piloto muchas veces lucha con las tempestades de las aguas... Éstas no siempre están quietas y algunas veces se cansan de estar en calma y braman, rugen enfurecidas, azotando las costas como si éstas tuvieran la culpa de su mal humor. Tal pasa en el alma que, estando quieta en Dios, ve turbada su paz al faltar al silencio. El monje, al romper su silencio, sin querer, habla del mundo, de sus recuerdos, de sus gustos y aficiones..., de sí mismo... Ya está agitado el mar... Callemos y no alborotemos las aguas de nuestros recuerdos, de nuestras pasiones, de nuestro amor propio. Callemos, lo mismo cuando somos consolados por el divino Jesús que cuando estamos a solas con nuestra cruz... Amemos, pues, al silencio como el marino al mar” (SAN RAFAEL ARNAIZ, *Fascinado por el absoluto*, 130).

“La Iglesia ha venerado siempre las Sagradas Escrituras al igual que el mismo Cuerpo del Señor, no dejando de tomar de la mesa y de distribuir a los fieles el pan de vida, tanto de la palabra de Dios como del Cuerpo de Cristo, sobre todo en la Sagrada Liturgia. Siempre las ha considerado y considera, juntamente con la Sagrada Tradición, como la regla suprema de su fe, puesto que, inspiradas por Dios y escritas de una vez para siempre, comunican inmutablemente la palabra del mismo Dios, y

hacen resonar la voz del Espíritu Santo en las palabras de los Profetas y de los Apóstoles. Es necesario, por consiguiente, que toda la predicación eclesiástica, como la misma religión cristiana, se nutra de la Sagrada Escritura, y se rija por ella. Porque en los sagrados libros el Padre que está en los cielos se dirige con amor a sus hijos y habla con ellos; y es tanta la eficacia que radica en la palabra de Dios, que es, en verdad, apoyo y vigor de la Iglesia, y fortaleza de la fe para sus hijos, alimento del alma, fuente pura y perenne de la vida espiritual. Muy a propósito se aplican a la Sagrada Escritura estas palabras: "Pues la palabra de Dios es viva y eficaz" (Heb 4,12), "que puede edificar y dar la herencia a todos los que han sido santificados" (Hch 20,32; 1 Tes 2,13)" (*Dei Verbum*, 21).

"El Santo Concilio exhorta con vehemencia a todos los cristianos en particular a los religiosos, a que aprendan 'el sublime conocimiento de Jesucristo', con la lectura frecuente de las divinas Escrituras. 'Porque el desconocimiento de las Escrituras es desconocimiento de Cristo' (San Jerónimo). Lléguese, pues, gustosamente, al mismo sagrado texto, ya por la Sagrada Liturgia, llena del lenguaje de Dios, ya por la lectura espiritual, ya por instituciones aptas para ello. Pero no olviden que debe acompañar la oración a la lectura de la Sagrada Escritura para que se entable diálogo entre Dios y el hombre; porque 'a El hablamos cuando oramos, y a El oímos cuando leemos las palabras divinas (San Ambrosio)'" (*Dei Verbum*, 25).

"¿Qué es la Sagrada Escritura, si no una carta de Dios omnipotente a su criatura? Ciertamente si vuestra excelencia residiese lejos y recibiese una carta del emperador terreno, no estaría en paz, no reposaría, no pegaría ojo, hasta tener conocimiento del contenido de aquella carta. El Rey del cielo, el Señor de los hombres y de los ángeles ha escrito sus cartas para que tú vivas, y sin embargo, ilustre hijo, descuidas el leerlas con ardiente amor. Por eso te ruego que procures meditar cada día las palabras de tu Creador. Aprende a conocer el corazón de Dios en las palabras de Dios. Así anhelarás las realidades celestes con mayor deseo y tu ánimo se prenda con más ardor de las alegrías invisibles. Entonces el reposo será tanto mayor, cuando no hayas dado ningún reposo al amor del Creador. Que Dios omnipotente infunda en ti el Espíritu consolador, para que pongas en práctica estas cosas: que el mismo Espíritu llene tu alma de su presencia y, llenándola, le haga más libre" (SAN GREGORIO MAGNO, *Carta a Teodoro, médico del emperador*, junio del año 595).